

Beckett hoy

Son tiempos extraños los que atravesamos. Tal vez los más propicios para embarcarse en la aventura del fracaso para volver a fracasar mejor, una y otra vez. La impredecibilidad de los resultados nos invita a esperanzarnos en los riesgos. Nunca como ahora o, mejor dicho, nunca pudo verse mejor que ahora como los hechos humanos penden de un hilo, de la venganza de la naturaleza expresada en un virus mutante.

Y en este mundo distópico, en el que todos los sistemas de referencia renuncian a sus certezas, en el que la historia ha cobrado un dinamismo que la limita al relato, es inevitable pensar en Samuel Beckett, quien se hubiera complacido en ver como una a una las máscaras del intelecto moderno han debido caer forzadas por la impotencia de sus conclusiones que diseccionaron causas y consecuencias de otros caos, ignorando los detalles de la simpleza.

Un Godot en forma de vacuna, la ratificación de la inutilidad de las cintas del recuerdo de Krapp cayendo al pisar una de sus cáscaras de bananas, un Innombrable que se refleja en cada rostro con barbijos, un Malone mutando su locura en el relato de su respiración, un Molloy sazónando sus piedras en alcohol en gel, es un ejercicio de fantasía que nos divierte imaginando a Beckett recreando su obra en estas circunstancias.

El irlandés que renunció a su idioma para reconvertirse artísticamente en Francia, disfrutaría este tiempo de mutaciones abruptas, donde todo es posible, donde la pereza de Belacqua encontraría justificación en un decreto gubernativo, y donde detenerse es marchar. Quienes tildaron a Beckett de autor moderno, no lo hicieron sin un dejo de afectación a la que el autor repudió de todas las formas posibles. Hoy se hubiera congraciado con el mote.

La suciedad beckettiana no se muestra peor que el potaje quiróptero que nos regaló este presente, en el que la humanidad se está reencontrando con su realidad ya apartada de la laboriosa construcción intelectual que quiso otorgarle primacía sobre la Naturaleza. En toda su complejidad, paradójicamente, lo humano es más simple. Y tal paradoja, es el basamento de una modernidad que Beckett (creemos) se hubiera complacido en aceptar.

Beckett descreía de las poses. Especialmente de esas que nacen de la insoportable vanidad artística y la grandilocuencia intelectual (fue mayestática la forma en que expresó su renuncia a la academia: "no puedo enseñar a otros lo que no entiendo"). Al adoptar el francés para escribir él, que manejaba como pocos la precisión de la palabra, se convirtió en un especialista de decir mucho en pocas líneas. Volvamos a la actualidad, la primacía de los hechos se impone por sobre las explicaciones de los mismos. Como no se puede continuar, continuamos, diría el Innombrable.

Richard Ellmann dijo que "es posible que nadie haya descrito tan bien como Beckett las sensaciones y sentimientos de la enfermedad". En este tiempo enfermo, donde la humanidad está descubriendo la dimensión de la significación de su existencia, el mundo de la derrota beckettiano quizá sea quien mejor se adapte al sentir general. Porque nada escapa al velo de la desesperanza. Es el precio que todo cambio de época, que toda revolución en proceso, debe pagar.

Sin embargo, este presente que nace como drama, que nos hace saltar de trinchera en trinchera retrocediendo, es probable que pueda ofrecer cierta luminosidad a partir de entender que inevitable no es sinónimo de tragedia. En esta conjetura escrita, en la que a través de Beckett intentamos descifrar lo moderno, vemos que en la desdicha también nos es posible encontrar algún motivo para reír al describir nuestro desconcierto. La belleza anida en los lugares más inesperados. Tal vez esté en "volver a empezar desde ninguna parte, desde nadie y desde nada".

Alejandro Maure

Publicado en HAY QUE DECIRLO CON LIBERTAD N° 3

www.hayquedecirlo.com